

será que, en conjunto, no resulten héroes. Reunido un millar de hombres, llevados a los toros, y será asombroso que no tengan más de fieras que de racionales.

Luego el mal está en el espectáculo mismo. Su esencia lleva concentración de grosería, de barbarie, de una sensualidad sangrienta que, pareciendo propia del atraso colectivo, es en realidad también una forma de decadencia y enervamiento. No juzguéis escuela de valor la corrida. El valor reviste otras formas, y entre ellas, la de la abnegación resignada. Ved cuán serenamente se muere por esas Europas. A fe que ni se blasfema, ni se profieren interjecciones, ni se arma gresca y juerga, ni se riñe puerilmente con el vecino de al lado. La única analogía, es que, caiga quien caiga, la función no se interrumpe...

Ha caído, en todo su vigor, como árbol que la tormenta desarraiga, Lord Kitchener, y aparte de las naturales manifestaciones de sentimiento ¿en qué notáis su falta? La guerra sigue como si tal cosa. Por lo visto, ni ese jefe ilustre ni su brillante Estado Mayor, hundidos silenciosamente en los abismos, hacían falta en Inglaterra; se luchaba con ellos, se luchará sin ellos; se los reemplazará, y *all right!*

Por cierto que, no perdiendo sus derechos el novelista jamás, hallándose la imaginación siempre despierta, la tragedia de Lord Kitchener me pareció doblemente interesante, porque, a diferencia de otros sucesos de esta guerra nada romántica, tuvo su parte de leyenda, dió lugar a versiones curiosas. Se dijo que un espía, un irlandés, para vengar a sus paisanos ahorcados o fusilados, dió la noticia de la salida del *Hampshire*, y fué causa de que en su ruta se colocase la mina fatal. Ello no será verdad; pero a mí me gustaría, románticamente hablando, que lo fuese. Era trágico, era tremendamente hermoso. Si al cabo la embarcación se había de perder y el valiente Lord de hundirse en las aguas amargas y revueltas que rodean a las Orcadas, añadía una nota emocional el hecho de que un patriota vengador hubiese preparado la catástrofe.

Yo veía, en mi imaginación exaltada, no al espía vivo, sino a alguna de las tristes víctimas de la rebelión de Irlanda, a un alma en pena, que, desde aquel país de superstición y conjuros, brujas y hadas, venía, entre las tinieblas de la noche, a dirigir, por misterioso modo, la marcha del navío inglés hacia la mina oculta. Si nuestra época se ríe de estas concepciones, en el fondo de los espíritus no falta quien las admita, trémulamente y en secreto. Y no tan en secreto. ¿No habéis leído que, no ha mucho, un anuncio, unas culebrinas de fuego, fueron causa de que nadie aportase por un establecimiento de Madrid? Era la superstición rediviva, era ese temor a lo desconocido, que nos oprime ante la sombra, ante el destino ignorado y todopoderoso...

Por mí, ya lo he dicho, siento que la leyenda se extinga. Respeto muchísimo los fueros de la ciencia, todos los privilegios de los documentos históricos — aunque dudo de su eficacia para descubrir el trasfondo de la verdad, que a veces ni en figuras contemporáneas puede apreciarse debidamente — pero téngalo entendido mi docto amigo el académico de la Historia, marqués de Laurencín; me gustaba doble la Lucrecia Borgia de antaño, que esta ahora descubierta en documentos, y que no rompía un plato, según los nuevos informes.

Cuando leí a Gregorovius, hace años, me pareció que le prestaba a Madona Lucrecia un flaco servicio al rehabilitarla. La Lucrecia de los poetas y dramaturgos era una creación muy en armonía con los tiempos agitados, crueles y sombríos, bajo fastuosas apariencias, en que le tocó vivir a la hija de Alejandro VI. El veneno empezaba entonces a hacer de las suyas, y no se descuidaba el puñal. La nefanda leyenda que rodeaba, como diabólico nimbo, la frente de tan puro diseño de Lucrecia, deja, al borrarse, una figura insignificante, mísera, sin carácter y sin relieve. Probablemente — iba a escribir por fortuna — se hará más luz todavía, y nos devolverán a Lucrecia perversa, que en su perversión tiene su poesía profunda.

No me convencen mucho a mí, para formar juicio de una figura histórica, los elogios de quienes, como Fernández de Oviedo, ejercen cargos palatinos, y como tales palatinos hablan y escriben. Cansados estamos de ver falseada la verdad a cada momento, no tan sólo por los palatinos, sino por la prensa, que, andando el tiempo, será invocada como elemento de juicio, tal vez. Por lo menos, ya que no haga fe, inducirá a contradicción, y se verán en calzas prietas, en más de un caso, los historiadores futuros. Los mismos documentos oficiales no nos dan sino la cor-

teza, lo externo de los hechos; y cada año que transcurre aumenta dificultades para su recta interpretación. No me deslumbra demasiado a mí la palabra «documento». Los documentos antiguos no representarán más valor que los modernos, y todos sabemos cuánto cabe en ellos de engaño y error. Acabo de tener en mis manos uno, que me concierne, y en el cual mi nombre aparece escrito de cuatro maneras distintas. Esto, en un papel viejo, daría lugar a muy extrañas conjeturas y disquisiciones.

Lo más exacto del estudio de Laurencín es la observación del odio que en Italia despertaron los Borjas o Borjas españoles. A este odio podrá achacarse buena parte de las imputaciones, acusaciones y patrañas que tan bien se adaptan a la poesía romántica de Víctor Hugo. Yo creo, releendo los curiosos extractos de causas criminales italianas, del xv y xvi, que glosó Stendhal, y recordando, sin gran esfuerzo de erudición histórica, las costumbres de aquellos tiempos, que no sería privativo de los Borjas mucho de lo que se les atribuye. Pero ¿cómo perdonar que se hubiesen adueñado de Roma unos extranjeros de origen humilde — dijese que, en su origen, labradores valencianos — y que uno de ellos, César, el cardenal de Valencia, a quien tan duramente trata Laurencín, y que, si tenía todos los vicios, los engrandecía con lo amplio y enérgico de su ambición, soñase en ser el gongalonero de la Chiesa, y se adelantase varios siglos a las aspiraciones nacionales de Italia?

Estropeen si quieren a Lucrecia Borgia, dejándola convertida en figurilla de porcelana, en hembra dulce, tímida, recatada y de aire piadoso; pero respeten algo a César Borgia, el español aventurero, que también descubrió un mundo político, y sucumbió obscuramente en tierra ibérica, espada al puño. César Borgia ha sido siempre para mí algo sugestivo, y quisiera no morirme sin haber visitado su sepultura. A estos hombres, capaces de cambiar el mapa, por poco que las circunstancias les ayuden, yo les perdono, de muy buen grado, pues no soy su confesor, los extravíos y hasta los crímenes. Además, en los tiempos de César Borgia, la palabra *crimen* acaso no tenía igual sentido que hoy. Y díganme si no está el crimen latente en las magnas empresas. Venza quien venza en la lid fenomenal que presenciábamos, ¡sobre cuántos crímenes se habrá fundado su victoria!

A la tétrica luz de la guerra interminable, va viéndose una triste verdad. En España no se fabricaba, no se producía ni la mitad de lo que nos hace falta para vivir y no interrumpir nuestras ocupaciones habituales.

No hay agujas apenas. No hay colores en tubos para la pintura. Faltan numerosos medicamentos modernos. Asimismo instrumentos quirúrgicos. Falta, ¡qué asombro! hasta semilla de remolacha forrajera, que venía de Alemania...

Es decir que no sabemos remediarnos, ponernos al abrigo de toda contingencia. Estamos a merced de los demás países.

Y el desequilibrio económico nace, forzosamente, de este estado de cosas. Lo que no falta, sube en tales proporciones, que viene a ser como si faltase.

El papel se ha puesto por las nubes. Un solo producto, la naftalina, de costar a peseta el kilo, cuesta hoy a tres cincuenta. Lo extraño es que los productos del país, cuya exportación se ha dificultado o impedido, lejos de abaratar, también encarecen. Nunca han alcanzado más altos precios los limones y las naranjas.

Y, ya hice notar esta singularidad: al parecer, en España, o cuando menos en Madrid, se diría que hay más dinero que nunca.

No pierde diversión, no ya la gente ociosa y acomodada, sino la trabajadora y humilde.

Todo espectáculo cuenta sus entradas por llenos. Se construyen teatros incesantemente. Y, en la plaza, cada día corre la sangre, la humana, y la mucha dumbre grita de placer, mientras un hombre sufre colapsos en la enfermería...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La ópera barata le está haciendo peligrosa competencia al Teatro Real. Claro es que el Teatro Real no se encuentra abierto ahora. Pero le van espumando el puchero, para cuando dé principio la nueva temporada.

La ópera era un espectáculo selecto, que parecía inaccesible fuera del Regio Coliseo, que no se concebía sino en invierno, con escotes, diamantes, muchas pieles a la salida, y canto de nombres para tomar el coche, con la patita aristocrática agolpada en el foyer. Y he aquí que, sin estos prerrogativos, la afición se encuentra gratamente sorprendida con ópera al alcance de todos. La tentativa merece alentar. Se disueltos la lírica, y vuelve el Gran Teatro a su primer destino, sólo que con óperas italianas, pues la española ha sido una de esas aspiraciones que no pasan de ensueños; y acaso lo sea siempre, hágase lo que se haga.

Veremos si con el sinapismo y castigo de la ópera barata, el Real se despierta de su modorra, y realiza las tantas veces anunciadas reformas, que ya, más que necesarias, han llegado a ser indispensables. Veremos si mudan las alfombras, que no son alfombras, sino pingajos. Veremos si se aderezan aquellas butacas, que, al poner en ellas la mano, sueltan nubes de polvo. Veremos si se hace algo para justificar los altos precios y para volver por el buen nombre de este espectáculo. Estoy por apostar que llegará el día de la inauguración, y veremos la misma alfombra, contaminada por las botacheras de los bailes de Carnaval, y hecha jirones por el largo servicio, y el mismo polvo en las butacas, y la misma suciedad y descuido en todo...

¿Sois aficionados a los toros? De seguro que, por cien lectores, sesenta responden afirmativamente. Si no ¿qué explicación tendría el hecho de que las plazas aumentan, se construyen hasta en los pueblos y villorrios, y en Madrid, en lugar de la corrida de los domingos, hay comida diaria, o la hubo, por lo menos, durante todo el mes de mayo, en que no se encontraba una *manuela* para un remedio?

La afición, sin duda, aumenta, se hace epidémica, llega a los últimos límites, adquiere caracteres de fiebre, y es lo único vivo y ardoroso que perdura, entre el indiferentismo escéptico de la hora presente.

Un escritor de bríos y empuje, Wenceslao Fernández Flórez, escribe, con tal motivo, algo que yo firmaría. Es una indignada protesta contra la ferocidad de las multitudes, contra el público que, al ver caer herido de terrible cornada en el pecho a uno de sus lidiadores favoritos, el diestro Pacomio Peribáñez, que casi en las ansias de la agonía era retirado de la plaza, no estuvo conforme con suspender la corrida, y siguió viendo la lidia de los cinco toros restantes, con las vociferaciones de costumbre, y los chistes y meriendas habituales.

He aquí el estigma del atroz espectáculo. ¿Quién negará que endurece los corazones, que cría callo en las almas?

Mientras expiraba — o si no expiraba, estaba en el trance de expirar — el infortunado muchacho, la plaza aullaba, silbaba y reía. Quien diga que esto es defendible, dentro de las nociones más elementales de humanidad, que levante el dedo.

Y lo peor es que ese público de alma de cántaro, no es especial, no es eventual, no es el de un día. Es el de siempre, es el público, sin adjetivo. Reunido a millones de hombres, llevados a la guerra, y milagro